

ANDRES DE LA OLIVA  
EL MITO SOCIALISTA  
CIEN AÑOS DE MARXISMO



YA ESTA  
A LA VENTA

**EL MITO SOCIALISTA  
CIEN AÑOS DE MARXISMO**  
ANDRES DE LA OLIVA

Análisis riguroso de la teoría y de la praxis marxista, y de su introducción y aplicación en España, merced a la peripecia histórica del P. S. O. E. Un alegato lúcido donde se afrontan las actuales "operaciones tranquilizadoras" y se desvelan el mito y la utopía del socialismo en libertad

Edita  
Punto Editorial, S.A.



Víctor Alba.

tonces se preveía: que Franco recurriría a la monarquía borbónica como mal menor para sucederle y que la izquierda, olvidando la "legalidad republicana", tenía que pactar con ella, tanto para "acercarla" hacia sus propios intereses como para conseguir una fórmula que mereciera el respaldo de las potencias y los capitales occidentales, en tanto, sobre todo, que supusiera una liquidación de la guerra civil.

El libro contiene, aparte de lo que es propiamente una información histórica, una determinada interpretación. Sus líneas maestras son el antifranquismo y un nada velado anticomunismo. La simple contraposición, a la hora de desentrañar ciertos hechos, entre la historia del partido, escrita por un grupo de militantes, y ciertos testimonios a la opinión del mismo Alba, es bien expresiva.

Creo, en todo caso, que la lectura de toda esta literatura histórica es hoy fundamental. En el desconcierto y el llamado desencanto de una parte de la sociedad española se mezclan, muchas veces, el idealismo y la ignorancia, hijos ambos de una etapa en la que ha sido muy difícil ejercer la reflexión y la acción políticas. "Historia de la Resistencia Antifranquista" nos clarifica las líneas de una dinámica soterrada, pero real, derivada del juego de los distintos factores. Pensemos que el "consenso" es un proyecto de los años cuarenta para "saltar" del franquismo. Y que lo suscribieron prácticamente las mismas fuerzas —incluidas las monárquicas— que ahora lo han puesto en práctica en el Parlamento... ■ JOSE MONLEON.

## CINE

Dicen los dueños de los cines, los mismos a los que toda la profesión considera mandamases del negocio, que la gente va poco al cine esta temporada. Se quejan los exhibidores —calificativo este más técnico, más ocultador— porque por las noches, en las grandes ciudades, se venden pocas entradas. Siempre se han quejado mucho, de todas formas.

Pero vamos a suponer que sea cierto eso de que la gente no va al cine. ¿Por qué no va? Uno, que se ocupa provisionalmente de la sección esta, llamada de crítica, en ausencia del titular y habitual, ahora en el Festival de Berlín —tan apreciado por nuestros fieles lectores, por otra parte—, puede encontrar muchas causas, variadas razones, para explicar el problema que suponemos cierto, porque por algo lo dicen los dueños (siempre tendemos, inconscientemente, a dar la razón antes al propietario que al sirviente). No es éste el lugar para examinarlas y analizarlas. Pero sí para apuntar un hecho que, indudablemente, conduce a este lamentable estado de cosas, que tan dañinamente afecta al negocio. Porque en las dos semanas que el firmante lleva de crítico interino, los estrenos de esta ciudad centralista llamada Madrid han sido realmente lamentables.

Desde el viernes 9 de febrero se han estrenado en los cines madrileños veinte películas. Salvo tres o cuatro casos —"Lugar sin límites", "Madame Rosa", "Un hombre en el tejado"—, que no es que se trate de películas maravillosas, sino decentes, visibles, el resto es todo bazofia, cine sin interés alguno, títulos cuya sola lectura facilita el olvido por atorradores. Veamos algunos de estos titulitos de marras: "La zorra", "Cuentos prohibidos y nada vestidos", "Mujeres de frío y fuego", "El sexo que viene".

Sólo de los festivales cinematográficos del pasado año —Berlín, Cannes, San Sebastián, etcétera— hay numerosos films sin estrenar. Los hay también de las producciones más recientes del cine mundial. Y aquellos títulos que, viejos, conocidos de nombre por todo el mundo, aún seguimos aquí sin haberlos visto, sufridos o disfrutados.

Pues por lo visto a los dueños de los cines no se les ocurre estrenar esas películas. Como ha habido un tiempo en que lo pornográfico era rentable, ahora se lanzan como locos a la búsqueda de cualquier título perdido que a ellos les parezca excitante. Y se equivocan (los propietarios y dueños también pueden equivocarse, aunque sí así ocurre, sepan disimular su error y echar las culpas a cualquier otra persona, elemento o circunstancia).

Entonces, el señor o señora que se dedican a esto que llaman la crítica no sabe qué hacer, qué película elegir para cumplir su compromiso, sea interino, sea titular.

Henry James tiene un cuento delicioso titulado "La muerte del león" (casi todos los cuentos de James son deliciosos, por cierto). Bueno, pues hay un momento en la narración en el que charlan dos hombres. Y uno le dice al otro: "No me tome usted por un crítico". Entonces va el otro y le contesta: "¡No quiera el cielo que le tome por algo tan espantoso!". Hago la cita esta porque este interino se acerca bastante a la opinión del escritor angloamericano-francés (de Hesse también se podrían extraer citas sabrosísimas en este sentido; y de otros, claro). La crítica piensan muchos que no debería existir. Tienen bastante razón. Porque la crítica se reduce siempre al juicio personal —mejor o peor expuesto— de cada uno, por mucho que se la envuelva en celofanes estructuralistas, marxistas, ácratas, mojigatos o libertinos. Según es el crítico, así es su juicio. Todo esto ha sido dicho porque es posible que el lector no esté de acuerdo con lo manifestado sobre los estrenos de estos desgraciados días. Y porque la interinidad permite estos lujos terroristas.

## Cuarenta años sin sexo

Comienza la película con unos muchachos de pantorrilla al aire que marchan por los caminos de España cantando canciones patriotas bajo el pladoso y amoroso cuidado de un cura fascista. Los muchachos son del Frente de Juventudes. En un recodo del camino se cruzan con una carreta de labriegos. Una mujer vestida de negro insinúa sus excitantes

muslos blanquecinos. Por la noche, tras la paternal y condenatoria plática sacerdotal, los niños se masturban rítmicamente hasta que la tienda de campaña se viene abajo con tanto movimiento. A partir de este gag, que recuerda al sublime momento de "Amarcord" en el que la masturbación tiene lugar en un coche, Juan Bosch nos va mostrando una serie de historietas cortas que supuestamente tienen relación con los cuarenta años de dictadura en los que el sexo, como los rojos, estaba prohibido. Decimos supuestamente porque, en realidad, no ocurre así.

Lo triste es que "Cuarenta años sin sexo" podía haber sido una comedia divertida, en la que se criticara en profundidad y con saña a la dictadura franquista y su asesinato del placer sexual. Pues no lo ha sido. Y lo que es peor: la película peca de los mismos defectos que dice criticar.

Porque es intolerable que una película que, en principio, se supone partidaria de la libertad sexual, haga el sarcasmo de la homosexualidad del mismo modo burdo y grosero con que lo han hecho siempre las comedias del subdesarrollo hispánico. A un rítmico y mítinero falangista le sale un hijo de lo que vulgarmente se dice la cera de enfrente. No es un chico normal, por supuesto. Pero no porque le guste el cuerpo de sus compañeros. No es normal porque el realizador no ha buscado mostrar el problema del muchacho, sino reírse de él. Por eso lo ha vestido como una ridícula mariposa de collares y peinetas. Las suelas y lascivas risas del público no faltan.

Las otras historietas van por el mismo sentido. Una de ellas es el famoso caso del Cipote de Archidona. Es un espanto. El resto están algo más acertadas, el tono de comedia es conducido con torpeza, pero con un destacado sentido del humor. Lo más increíble, sin embargo, es cuando un periodista de una revista sensacionalista cuenta el concurso que de sus preclaras mentes salió para buscar al macho español más macho. No tiene interés alguno, uno no se explica por qué han rodado y montado esa escena. El cretino (de esta forma lo califica el propio redactor) elegido tiene en carne y hueso a una de las estrellas de cine para que se acueste con ella y le haga el amor tantas veces y con tanta fiera

como el honor del macho de este país lo exige. Naturalmente, no lo hace ni una sola vez. Entre otras cosas, porque la tal estrella es un borde que no hay quien la aguante.

Es una pena. "Cuarenta años sin sexo" se ha quedado en el título. La represión sexual de nuestro país se merecía otra película. Todavía hay tiempo. ■  
EUGENIO LUQUIN.

## TEATRO

### El "Cancionero de la princesa"

El Gayo Vallecano se ha convertido, sin duda alguna, en la primera y única sala de la capital que se plantea materializar la vieja —y quizá utópica— labor de programar actividades culturales de corte puramente popular. Requeriría este fenómeno un análisis en profundidad (cosa a la que naturalmente no renunciamos) que pusiera en evidencia toda la complejidad que el intento implica. Lo cierto es que, por fin, hemos pasado de la pura demagogia teórica a la cruda praxis de mantener una sala teatral al servicio exclusivo de quienes más lo necesitan. Vallecas, con sus setecientos mil habitantes, es uno de los centros urbanos más populares de Madrid, y allí deben estar, por tanto, las raíces verdaderas de una cultura perdida —quizá nunca lograda— capaz de romper con la tradición elitista.

Después de su "Semana gitana", donde el Gayo Vallecano sirvió como plataforma ideal para exponer no sólo la marginación de una determinada clase social, sino su verdadera idiosincrasia, tantas veces manipulada por el puro folklore, la sala de Vallecas ha emprendido una nueva aventura —aventuras son cada uno de los intentos—. El grupo Vara Verde, compuesto por buena parte del ya desaparecido Canon y continuando con la línea teatro-musical de aquél, ofrece su "Cancionero de la princesa". Es cierto que este modo de entender la manifestación teatral se encuentra en evidente desuso y plantearlo como lo hace en la actualidad Vara Verde requiere un mínimo encuadramiento del género. Se trata, en líneas generales, de entrar en el terreno dramático por medio de una determinada vía: la musical. Ello no obedece a un intento gratuito, ni siquiera original, en la historia teatral: la Edad Media, con sus improvisados espectáculos en plazas públicas, enseñó mucho sobre este modo de acercar al futuro espectador por medio de la "melodía". Y es justamente en esta época histórica donde el grupo ubica su actuación para que, de entrada, las fuentes de donde han mameado queden inmediatamente clarificadas. Trovar, cantar una historia, romperla luego para dar paso a la palabra y volver a la trama musical; alegrar, en una palabra, "el alma de los humildes" con trinos populares propicios para la participación. Ahí radicaba el espectáculo de hace siglos y de ahí parte la concepción de Vara Verde.

El grupo Vara Verde, en el Gayo Vallecano.



Pero todo ello no deja de ser una pura cáscara, un cebo —dicho sea en el mejor de los sentidos— con que el grupo adorna su último fin. De este retomar canciones populares, romances conocidos por el pueblo llano, nace una energía que va calando al espectador hasta colocarlo en situación de puro "happening", donde los actores-cantantes reciben multiplicada la corriente emotiva que lanzan. Una pequeña fiesta que intenta recuperar la frescura de una sociedad sin contaminar todavía por la burguesía mercantilista. Los juegos fonéticos (la voz es empleada por el grupo como arma fundamental, espléndidamente manejada) y la picaresca pretende retomar a un espectador que necesita de incontables alicientes para entrar —quizá por primera vez— en un local teatral y para ser partícipe luego de lo que allí se plantea. Junto con la música, el espectáculo está basado en resonancias de Brecht, absurdo, esperpento, sin que nada de ello predomine en ningún momento. El caso es que el espectador entre en un juego donde tal vez lo que menos importa es el contenido. La forma, por sí sola, puede ser también un modo de procurar una paulatina implicación del fondo.

Es evidente que Vara Verde está compuesto por magníficos profesionales que dominan sobradamente su trabajo músico-dramático. Dos aspectos que parecen no enteramente cuajados en el espectáculo: el primero se refiere a la desatención (intencionada o no, pero en cualquier caso evidente) de lo que tan cuidadosa envoltura envuelve en realidad. Dominando el medio al nivel que Vara Verde demuestra hacerlo, el logro de una mayor comunicación en profundidad de texto hubiera resultado altamente aconsejable. El segundo de los aspectos se refiere a la endable mecánica mostrada en el empleo del "happening" que debe intentar, ante todo (y hablo, claro es, de la representación que yo presencié), atraer al espectador sea cual fuese su respuesta, y no, como ocurrió en este caso, que una cierta frialdad de los receptores logre apagar, lamentablemente, buena parte de los resultados perseguidos.

Con todo, parece evidente que el camino emprendido por Vara Verde para penetrar en los entre-